

DOÑA CARMEN.

Doña Carmen es menuda, delgada cual hilo de alambre viejo, y así de vieja. Sin embargo, de algún lugar que no soy capaz de localizar desde mi atalaya del que jamás sufrió necesidad, brota una energía que me dice que Doña Carmen es más dura que la más dura de las rocas, que el sufrimiento le es tan connatural como a una parturienta y que ha caído y se ha levantado tantas veces como canas tiene...quizás más, porque tengo la certeza de que su vida ha sido una pista de obstáculos desde el inicio. Lo que me atormenta es que sigue sin haber paz para ella.

Doña Carmen tiene nombre del Sur, de sal y sandía, de sol y bulerías, de gitana, de mujer de antaño... de mujer. Pero de todo eso ya solo queda un pellejo extenuado y dolorido de los pies al alma, un luto permanente y unas alpargatas de felpa. Y aun así, y para mí, sigue siendo Doña Carmen porque lucha callada, renqueante, contra su amargo destino. Parece que tan solo resiste y se somete; yo sé que no es así. Engaña al destino con suspiros de vieja, haciéndole creer que con cada uno deja escapar un poco de vida. En realidad permanece agazapada e insidiosa, aparentemente sometida, esperando poder asestarle un golpe en algún momento en forma de lotería o subsidio o vaya a saber usted qué... sin atreverse a pensar que el tiempo se le está acabando y que la vida la ha sableado.

Doña Carmen acude a la oficina un par de veces por semana, con su libreta más ajada y mugrienta conforme discurren sus visitas y las líneas se van llenando de asientos, reflejo imperturbable y maquinal de la ciclotimia de

su modesta economía. Desde hace tiempo yo, como ella, soy capaz de descifrar el frío lenguaje numérico y traducirlo a un fatal: "más puñaladas da la vida". Su diligencia es inversamente proporcional al movimiento de sus raquíticas finanzas. Sin embargo, yo la entiendo; existe algo de esperanza en cada mirada que echa a su extracto. Esperanza de que obre un ridículo milagro que haga que no se registre el reintegro de veinte euros que acaba de solicitarme... yo empujo con ella para que así sea y me siento tan derrotado como ella, me siento vencido con ella cuando resuella resignada. "No, Doña Carmen, estas máquinas no se equivocan" ... y lo peor es lo que viene después: "... nunca.". Ni un atisbo de aliento alimenta su alma de pobre de solemnidad. No existe luz para caldear su corazón, y menos si debe salir de un banco.

Doña Carmen me mira desde el otro lado de la barra que nos separa, desde una cuenca vacía que me atrae morbosamente. Nunca me hubiese atrevido a preguntarle sobre la causa, sin embargo, es ella misma quien me explica que perdió el ojo jugando con alguno de sus ocho hermanos, de una aciaga pedrada. Maldita suerte cuando miles de piedras han sido lanzadas durante toda la historia por pura diversión de la chiquillada y fue, precisamente a Carmen, de las pocas que le hicieron saltar el globo ocular. "Aunque bien pensado..." dice "...cosas peores pueden pasar. Me contaron que en Alcampell un hermano mató a otro jugando con las dichas piedras, le abrió la cabeza y allí mismo espichó. Eso me contaron cuando perdí el ojo. Así que habrá que dar gracias de no estar peor". Su actitud me admira tanto como me cabrea, pero no seré yo quien la juzgue ni la haga sentir más perdedora.

Doña Carmen cobra una raquítica pensión, de las no contributivas; no me

la imagino por aquel entonces contratada con un horario que le permitiese la conciliación laboral, especialmente para cuidar a seis hijos. Ahí, o estuvo más comedia que su madre, se secó el pozo o, a su marido, se le terminaron las ganas de engendrar... presiento que su marido debía confundir engendrar con copular. Aunque cabe que fuese un tipo estupendo que cuidara de ella de manera primorosa y le hiciese el amor bajo un sauce a la orilla del río las tardes de verano a la caída del sol. Cabe. Sigo pensando que Doña Carmen jamás hizo el amor. No se trata de desdén, y es que no he sido nunca capaz de vislumbrar en ninguna de nuestras conversaciones banales la mínima chispa, en su único ojo vivo, que me demuestre que recuerda, aun de forma subconsciente, momentos gratos.

Doña Carmen es viuda, como es fácil de imaginar. Nadie más aparece en sus cuentas. No hay nadie que le ayude con su pesada carga. Tampoco el hecho de tener marido garantizaba nada de eso, ya sabemos. Jamás me ha hablado de él, salvo para indicar que una vez estuvo casada. Menos si murió de viejo o por un accidente laboral. Causa esta última que, voy a permitirme la licencia, dudo mucho. Doña Carmen no se duele de amor o soledad, sino porque no entiende cómo la vida puede ser tan perra y empecinada con una persona que no ha hecho otra cosa que sufrir por los demás. Doña Carmen no cuenta para nadie porque no tiene suficiente dinero para contar. Esa es la triste realidad.

Doña Carmen cobra una mínima pensión, como ya he dicho, y este pírrico maná proporciona tanta dicha como desgarró: como sobre la carne muerta se abalanzan los buitres acechantes que la revolotean en cuanto el interés

personal aprieta. Y más sangrante (a todos, de mil maneras sofisticadas, nos cobija la sombra de las alimañas) es el hecho de que sean aquellos a quienes has ayudado a crecer, aquellos que le han succionado lo mejor de su vida en una forma de egoísmo congénito por familiar, quienes se aplican con mayor ahínco. Criadas bajo sus humildes y abnegadas alas protectoras ha engendrado rémoras codiciosas de todo aquello que pueda ofrecerles... y de lo que no, hasta chuparle la última gota de su sangre, ocultas tras mezquinas carantoñas como único pago, hábiles como cirujanos, próximo el veinticinco de cada mes, explotando su famélica necesidad de sentirse querida. Cucamonas, baratijas, amor de saldo, vino agriado...

Doña Carmen acudió un día de tantos con uno de sus treintaytantos sobrinos a la oficina; un joven fornido, bronceado y de aspecto felino. Le abrió las puertas (la de la calle y la cancela subsiguiente) con un ademán excesivamente obsequioso. Acostumbro a ver ancianas acompañadas de sus hijos o sobrinos a realizar las gestiones que no comprenden ni quieren estar a tiempo de comprender para dejarse querer, inflando un desamparo que no es real; no siempre. Se sienten orgullosas de los listos, guapos, atentos y educados que son. No era el caso. Doña Carmen estaba tan asustada como un pajarillo, entre las zarpas de un gato que lo mantiene vivo para seguir jugando con él, puede estarlo. Sola. Abrumada. Avergonzada. Sola. Fue él mismo quien pidió actualizar la cartilla y lo ignoré, esperando que me diese algún motivo para... para nada. Para sentir como propia la desesperación de la anciana, con la diferencia de que yo era capaz de negarle lo que no le correspondía. Doña Carmen me acercó el libreto pidiéndome que accediese. Y yo quisiera haber

sido uno de aquellos tipos que adoro en mis cómics, de los que rompen mandíbulas y disparan a quemarropa a los malnacidos. No lo fui, no lo soy, jamás lo seré. Tan solo cumplí por lo que se me pagaba y le devolví la libreta que inmediatamente le fue arrebatada de las manos por aquel animal. A continuación, me pidió algo de dinero que dejaría su cuenta temblando. No pude sostener su mirada, avergonzado. Accedí y ya no quise mirar más.

Doña Carmen hace tiempo que ha dejado de venir por la oficina. Su nieto, el chulo sin escrúpulos, ha intentado varias veces acceder a su dinero. Sin éxito, claro está, soy un profesional además de tener un pequeño espacio para el rencor que espera en cualquier momento ejecutar la justicia poética. No es cotitular ni persona autorizada, por lo tanto, me he dado el gusto de negárselo con una sonrisa maliciosa pero muy correcta. Me contó la milonga de que Doña Carmen se encontraba mal y no podía acudir por su propio pie: no cuela y aunque colase, no sería legal. Ayer, desesperado, me amenazó y yo le regalé otra sonrisa cargada de desprecio mientras le señalaba una de las cámaras de seguridad. Es un perdonavidas y creo que esta vez me la va a perdonar a mí, no vendrá a buscarme por la calle, tal vez sí... ya me da igual. He revisado la cuenta; tan solo cargos de recibos de luz y agua y el ingreso de su pensión. Desde hace tres meses, es así.

Doña Carmen está muerta. No es oficial. Yo sé que es así. Los números me hablan... primero me susurraron, pasados seis meses, se están desgañitando. Ella está muerta, escondida en un sótano, enterrada en un jardín, congelada en una nevera, no sé. Sus rémoras esperan engordar la

cuenta por el simple paso del tiempo. Llegará el momento en que haya que confirmar la *fe de vida* y todo terminará. Entonces comenzará su calvario para repartirse las migajas, migajas que o lo solucionan a las bravas o les costarán dinero. Es posible que vea mi pequeña venganza materializarse ante mis ojos, en esta pequeña oficina incluso. Y entonces, si es así, anudaré bien mi corbata, alisaré mi americana y caminaré hasta el bar más cercano y pediré un whisky de los caros y brindaré por Doña Carmen.

Doña Carmen descansa en paz, por fin.